

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista Semanal*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*Los apellidos españoles*, por D. Antonio de Trueba.—*Ella es así* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Hermosura del alma* (continuación), por D.<sup>a</sup> Micaela de Silva.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 816.—*Grabado de Labores*.

## REVISTA SEMANAL.



**PISANDO** flores, aspirando perfumes, gozando con la vista de estas deliciosas arboledas, y oyendo sin cesar la música de los alegres pajarillos, ¿á quién sino á vosotras, amables lectoras del CORREO, debo dedicar hoy mis recuerdos, sabiendo que sois tan amantes de las mañanitas de Mayo, de las poéticas tardes de Primavera, de los árboles, de los pájaros, de las flores, y sobre todo que sois esas otras flores esbeltas y graciosas que embellecen el jardín humano?

Y en verdad que teneis razon, porque nunca podríais parecer tan bellas y seductoras, como vagando por estos amenos vergeles de Aranjuez, joya preciada de los Reyes de Castilla, completando los cuadros risueños que ofrece por todas partes una naturaleza tan feraz como la de los climas tropicales.

En efecto, solo el pincel eterno podría reproducir las maravillas de estos sotos, de estos bosques, de estos pensiles bordeados por el anchuroso Tajo, porque no hay pincel humano que pudiese hacerlo.

Pero volviendo á las hermosas que embellecen con su presencia estos jardines, os diré que están encantadoras con sus sombreritos de paja, y sus trajes llenos de gracia y novedad.

Ligeros vestidos de dos faldas, recogida á trechos la segunda por grandes lazos de cinta, y pequeños abrigos de la misma tela, adornados con un capuchon, que remata en otra lazada de cinta con cabos flotantes, suelen formar el traje. Otros se componen de un vestido interior encarnado, y encima una fal-

da negra ondeada en el borde, y un pequeño figaro sin mangas. Completa este traje caprichoso un sombrero de paja de arroz, adornado con una pluma encarnada. Algunas llevan el largo y elegante bastoncito, iniciado hace dos años.

Sin embargo, la concurrencia, aunque escogida, es muy poco numerosa, y aparte de las personas que componen la régia servidumbre, solo hemos visto las lindas señoritas de Oñate, las del marqués de Miraflores, las de Ahumada, y algunas otras.

Pero como todo tiene su compensacion las reuniones son tanto mas familiares y expansivas, cuanto mas reducidas. Por las mañanas juegan á los aros en el frondoso jardín del Príncipe; por las tardes vagan por las floridas alamedas del jardín de la Isla, oyendo los jueves y domingos los acordes de las músicas militares, ocultas entre los bosquecillos, que llenan los aires de armonías. ¡Quién sabe si entre estas bellas jovencillas, alguna hurt de ojos azules ó negros grabará con mano trémula un nombre querido en la corteza de uno de aquellos árboles seculares!

SS. MM., aprovechando la calma que ofrecen lugares tan solitarios, suelen pasear por las tardes acompañados de un solo Gentilhombre, por la calle de las Rosas, por la de los Espinos, ó la del Caracol, hermosas calles, adornadas de árboles gigantescos, cuyas cimas se tocan y entrelazan, formando una espesa bóveda, y á cuyos lados corren murmuradores arroyuelos, en donde se bañan los alegres pajarillos.

Pero si vosotras habeis disfrutado en esa de la al-  
gazara que ofrece al pueblo madrileño la pintoresca





romería de San Isidro; si habeis contemplado desde la pradera los alegres grupos que forman las familias que meriendan, ó las bulliciosas danzas de los que están animados por el espirituoso licor de los frasquetes, nosotros tambien hemos disfrutado de igual animacion, de idénticos placeres, aunque en menores proporciones.

Aquí San Isidro, el bendito patron de Madrid, tiene una blanca capillita, que se eleva en medio de una pradera, y parece una blanca azucena descollando sobre un campo de verdura.

En su derredor tambien se colocan los vendedores de los gráficos *torrados, rosquillas y frasquetes*, y acuden en tropel de todos los pueblos vecinos los alegres labradores, montados los unos en jamelgos, los otros en carros, y los otros á pié, llevando la merienda en un pañuelo, atado en la punta de su baston de viaje, lo cual ofrece el conjunto mas animado y pintoresco que puede imaginarse.

El altar del Santo estaba adornado de ramos de flores, guirnalda de rosas cubrian las columnas, ramas de tomillo y manzanilla alfombraban el pavimento, y una infinidad de luces trasformaban el piadoso recinto en una *ascua de oro*, como decian con santa uncion los cándidos labriegos.

SS. MM. visitaron por la tarde la capilla, seguidos de toda su servidumbre.

Y ahora que os he dado exacta cuenta de cuanto aquí sucede, como sabeis que soy tan amiga de viejas historias, voy á contaros una tan tierna como sencilla.

En la casa en donde habito hay un cuadro que representa á un perrito de lanas, y debajo escrito en letras muy grandes.

*Preso en Toledo, en 1825.*

Pregunté lo que significaba, y hé aquí lo que me refirió una anciana, vestida de luto, acompañando su relato de copiosas lágrimas.

Mi padre, dijo, era un nacional del año 20. Salió varias veces con su compañía á perseguir las facciones, y por mas esfuerzos que hacia, no pudo impedir que Leal, su perrito de lanas, le siguiera por todas partes.

Seguíale en las marchas y contramarchas, caminando á veces muchas leguas, unas veces muerto de sed, otras de hambre y de fatiga; pero siempre lamiendo sus manos; siempre mirándose en sus ojos, y obedeciendo sus mandatos.

Llegó el año 23, y mi padre, comprometido hasta lo sumo, fué preso y conducido á la cárcel de Toledo, con otros dos compañeros.

Leal, que no habia sido comprendido en la condena, pasó doce días á la puerta de la cárcel, au-

llando tristemente, y espiando la ocasion de penetrar en ella en busca de su amo.

Un dia, el juez fué á tomar declaracion á los presos, y Leal, á favor del tumulto que esto promovió, pudo deslizarse por los sombríos corredores, y olfateando aquí y allá, llegó hasta el calabozo en donde gemia mi padre.

¡Quién podria describir entonces su alegría, su contento, la alegría y el contento de mi padre, al volver á recobrar aquel fiel y cariñoso amigo!

Seis meses permaneció allí con él y los otros dos compañeros de infortunio, consolándolos con sus caricias, distrayéndolos con sus juegos.

Sin embargo, los tres presos ansiaban la dulce libertad, suspiraban por volver al seno de sus familias.

Trás muchos afanes y sobresaltos consiguieron abrir un agujero en la pared: la pared daba á un foso, y el foso estaba lleno de agua, pero los prisioneros sabian nadar.

En una noche oscura y tenebrosa salieron los tres por el agujero, abandonándose en brazos de la Providencia. La Providencia los condujo en salvo á la opuesta orilla; pero Leal se habia quedado el último, y Leal no parecia.

—¡Idos, dijo mi padre con ademan resuelto, yo no puedo abandonar al que no me ha abandonado en el infortunio, al que no me ha abandonado en el negro y triste calabozo!

—Héle allí, héle allí! exclamó lleno de gozo uno de los fugitivos.

En efecto, vieron una cosa blanca hendir las aguas, aparecer sobre ellas, sumergirse, aparecer de nuevo...

Por fin llegó á la orilla, pero la blancura de sus lanas llamó la atencion del centinela, quien disparó al acaso un tiro.

La bala despues de rozar en una pata á Leal hirió á mi padre en el pecho.

Los compañeros huyeron, dejando á mi padre tendido en el suelo y moribundo, que con trabajo pudo arrastrarse hasta una cueva inmediata.

Leal no se quejó: conocia el peligro. Reunió todas sus fuerzas, y sobreponiéndose á su propio dolor, inspirado por su maravilloso instinto, fué á pedir auxilio á un pastor que en las cercanías estaba apacentando unas cabras.

El pastor, entre asombrado y curioso, siguió á Leal, que le tiraba desesperadamente de la ropa, halló en la cueva al herido, le prestó socorro, y así que mi padre hubo vuelto en sí, y le informó de su triste historia, prometió venir á buscarlo por la noche y darle asilo en su cabaña.



Entonces buscaron á Leal y no le hallaron.

—¿Habrá muerto? decía mi padre con infinita tristeza, ¿me habrá abandonado?

¡Pero no había muerto, no, no le había abandonado!

Por la noche, mi madre, mis tres hermanitas y yo, rodeábamos á mi padre, mitigando con nuestras caricias los acerbos dolores que le causaba la herida.

¡Leal había ido á buscarnos: Leal nos había conducido hasta aquel sitio!

A favor de la noche transportamos aquí á mi padre, ocultándole en las habitaciones interiores.

Dos meses estuvo oculto, y en el espacio de dos meses, Leal no se movió de su lado.

Cuando por fin, calmada algun tanto la horrible persecucion que en aquella época sufrieron los liberales, pudo mi padre saludar la luz del sol, el sol

no brillaba ya para él en el espacio! ¡Se había quedado ciego!

Leal era quien le acompañaba á misa, quien le acompañaba al campo, en donde estaban nuestros trabajadores, y no quiso dejar de acompañarle hasta en la muerte!...

Siguió al féretro el día que le llevaron al campo santo, y allí permaneció sobre la hoya, llenando el aire con sus aúllidos lúgubres y dolorosos...

Al cabo de dos días, se le halló muerto sobre la misma sepultura que encerraba los restos de su amo.

Ese perro, que es la imagen de Leal, fué pintado por mi triste padre cuando gemía prisionero.

¡Ah! señora, concluyó diciendo la enlutada anciana, ¿debe acaso dudarse de la virtud y de la lealtad de los hombres, cuando los irracionales nos dan tales ejemplos?

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### LOS APELLIDOS ESPAÑOLES.

#### I.

El Diccionario de la Academia española define en estos términos la palabra *apellido*:—«El sobrenombre que tiene algun sugeto y le distingue por su casa ó linaje, como Córdoba, Gonzalez, Guzman.»

Aunque no estoy completamente satisfecho de esta definicion, pasarémos por ella á falta de otra mas autorizada, y añadiremos que en Francia se llama á los apellidos nombres de familia, porque realmente no son otra cosa.

La cuestion de los apellidos es importante en todas partes; pero lo es mucho mas en las provincias cantábricas, no solo porque es cierto lo que dice aquella antigua copla:

«Oh nobleza cantabrian,  
origen de caballeros,  
academia de guerreros,  
de dó toda España mana,»

sino porque aquí los vínculos y las tradiciones de la familia se conservan en todo su vigor, á lo cual contribuyen nuestra legislacion especial y nuestro modo de vivir, especial tambien.

Se dice que cada uno es hijo de sus obras; pero aunque para decirlo haya una razon relativa, que estoy muy lejos de negar, es necesario reconocer que la hay tambien, y muy grande, para no mirar con indiferencia el origen y la sucesion de nuestros antepasados consanguíneos. Si nos in-

teresan y excitan nuestra curiosidad el origen y la historia de una raza, de un pueblo ó de un monumento, ¿cómo no nos han de interesar y excitar nuestra curiosidad el origen y la historia de nuestra propia familia?

Cierto que cada uno es hijo de sus obras, pero es mas cierto aun que cada uno es hijo de sus padres. Prescindiendo de la relacion que haya entre nuestra sangre y la de nuestros antepasados, y de la union que este vínculo material establezca entre ellos y nosotros, hay una gran razon moral para que no nos sea indiferente la honra, y por consiguiente el origen y la sucesion de los que han llevado antes que nosotros nuestro apellido. Aquellos eran nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros progenitores, y por ley de Dios y de la naturaleza los amamos y estamos obligados á amarlos. ¿Cómo, pues, nos han de ser indiferentes la honra, el origen y la historia de nuestros progenitores? Relativamente puede pasar como axioma la afirmacion de que cada uno es hijo de sus obras, pero en absoluto, no.

¿Qué serian los pueblos, qué el mundo, qué la humanidad si lo pasado nos fuese indiferente y solo lo presente nos interesase? Un pueblo, y quien dice un pueblo dice un hombre, un pueblo comete un gran crimen ó practica una gran virtud. Pasa la generacion en cuyo tiempo se cometió el crimen ó la virtud se practicó, y las generaciones sucesivas no tienen porqué avergonzarse del crimen ó enorgullecerse de la virtud! Esto seria absurdo, y á este absurdo conduce, tomada en absoluto, la máxima de que cada uno es hijo de sus obras.

Rapito que ante todo somos hijos de nuestros padres, y no nos puede ser indiferente la honra de los que sintieron en sus venas la sangre que sentimos en las nuestras,



dejlos que al ambicionar honra y al ganarla sirviendo á Dios, á la patria ó á la humanidad, no lo hacian solo por gozarla ellos personalmente, sino tambien por trasmitirla á sus sucesores, que somos nosotros.

«Cada uno es hijo de sus obras, y poco importa que mi padre fuese ladrón si yo soy hombre de bien,» se dice á cada paso, sin que nadie encuentre digno de correctivo este modo de discurrir. Este modo de discurrir es, sin embargo, insensato, es impío, es parricida. Mi padre me dió el sér, mi padre es el primer eslabón que me une á la cadena de la humanidad, mi padre es, en fin, mi padre, y estoy obligado á amarle y honrarle, y no le amo ni le honro siéndome indiferente que fuese ó no bueno, aunque por lo demás yo sea un santo. No es hombre de bien aquel á quien le es indiferente que su padre fuese ó no un ladrón.

## II.

La palabra *apellido* tuvo en su origen significacion distinta de la que hoy tiene. *Apellidar*, de cuya voz viene *apellido* en el sentido moderno, era segun Covarrubias, «aclamar, tomando la voz del Rey, como *aquí del Rey!* ó *viva el Rey!* y entre las parcialidades, declarándose á voces por una de ellas.» Apellidar era, pues, convocar, llamar, congregar á cierto número de personas, y *apellido* la convocacion general á que estas personas acudian. Las dos parcialidades que tan sangrienta guerra se hicieron en las provincias cantábricas en los siglos XIII, XIV y XV, se llamaban Oñez y Gamboa, que eran los nombres solariegos de dos linajes. Lope García de Salazar, que despues de pasar su larga vida en estas guerras, las historió en 1470, emplea con frecuencia la palabra *apellido* en el sentido de llamamiento, y tambien en sentido mas análogo al que hoy tiene; pues suele decir que tal ó cual pariente mayor acudió á la guerra con todo su *apellido*.

Aunque quiero concretarme á los apellidos españoles, debo decir que entre los romanos, que tanto influyeron en las leyes, la lengua y las costumbres españolas, se usaron el *prænomen*, que equivalía á nuestro nombre de bautismo, el *agnomen* que, como nuestro apellido, denotaba la raza ó familia á que pertenecía el individuo, y el *cognomen*, que era una subdivision del apellido con que se designaba la rama. Ejemplo de ello: Marco (*prænomen*), Tulio (*agnomen*), Ciceron (*cognomen*.)

Es indudable que en la generalidad de España no se usaron con regularidad los apellidos hasta los siglos X ó XI; pero no lo es menos que en las provincias vascongadas se usaban muchos siglos antes. En uno de los sepulcros de Arguñeta, extramuros de Elorrio, sepulcros que por mas que se haya escrito en contrario, no pasan de los primeros siglos del cristianismo, se lee una inscripcion latina que dice:

«Aquí yace Narriates de Hater, que falleció á 16 de Julio, año 883.»

Pero no es este el monumento mas antiguo que podemos citar en comprobacion de que aquí se usaban los apellidos con mucha anterioridad á su uso en el resto de España. Iniguez de Ibargüen nos dió á conocer, tomándolos de un autor antiguo que cita, dos escrituras en vascuence de los

siglos VI y VIII, en las cuales aparecen los apellidos Gonzalez, Ibargüen, Pagoeta, y algun otro.

El establecimiento de las principales casas solariegas de este país se remonta á los primeros siglos de la era cristiana, y sus moradores tomaron por sobrenombre ó apellido el de los sitios en que poblaban.

## III.

Los apellidos españoles se dividen en tres clases, que son: *solariegos*, *patronímicos* y *personales*.

Los solariegos, que son nombre de poblaciones, indican el sitio de donde procede el individuo originariamente, como Toledo, Arévalo, Casasola, Robledo, etc. Los patronímicos, como Perez, Ramirez, Rodriguez, Sanchez, etc., son una especie de declinacion del nombre paterno, é indicando en un principio el nombre del padre, despues pasaron á ser apellido á sobrenombre de familia. Por último, los *personales*, como Moreno, Valiente, Delgado, Zapatero, etc., tienen su origen en una cualidad física ó moral de un individuo, y se perpetuaron en los que á este individuo sucedieron para designar la familia.

Gonzalo Gonzalez de Córdoba, tomó este último apellido solariego para indicar que procedía de la ciudad de Córdoba.

Juan Lopez de Salazar tomó el apellido patronímico Lopez, porque era hijo de Lope.

Y Lope Zuria tomó este apellido personal de la circunstancia de ser personalmente blanco, que blanco significa el adjetivo vascongado *Zuria*.

En las provincias vascongadas casi todos los apellidos son solariegos, y esto tiene una explicacion muy sencilla: aquí, antes de la fundacion de las villas ó poblaciones agrupadas, que son relativamente modernas, casi todas las casas estaban aisladas, como aun lo están en lo que llamamos tierra llana, y los individuos tomaban el apellido de la casa de que procedían, y aun de este apellido tomaba nombre la casa que nuevamente fundaban. Así por ejemplo, Juan de Goya (así se llamaba el inventor de la brújula) tenía este apellido porque procedía originariamente de sitio alto, que esto significa Goya, y Blasco de Garay (el primero que aplicó el vapor á la navegacion) se apellidaba así porque procedía de el sitio donde se cosechaba ó entrojava trigo. El que procede de una poblacion grande hallaría un grave inconveniente en tomar por apellido el nombre de aquella poblacion, porque ¿qué confusion de familias no resultaría si todos los que nacen, por ejemplo, en Bilbao, tomasen por apellido el nombre de esta villa? El que nace en una casería aislada ó en un barriecillo de pocas casas, cuyo nombre toma por apellido, está libre de tal confusion.

Aquí debo hacer una observacion muy curiosa acerca de los apellidos vascongados, con tanto mas motivo cuanto que estos apellidos están esparcidísimos por toda España y América, aunque por lo que vemos en América la generalidad ha renegado de sus abuelos. Empezaré por decir algo, (aunque el aserto es tan trivial que casi no merece reparo) contra la opinion de que son *revesados* los apellidos euskaros. Ya los historiadores romanos incurrieron en esta vulgaridad, diciendo, por la única razon de que no los enten-



dian, que los nombres cántabros eran desagradables y bárbaros. Ovidio dice que los escitas le tenían á él por bárbaro, únicamente porque ninguno de ellos le entendía. La razón que tenían los escitas para calificar de bárbaro al desterrado del Negro Ponto, es la única que tienen los que ignoran el vascuence para decir que son *revesados* los nombres pertenecientes á este idioma.

Los apellidos vascongados fueron naturalmente pocos en un principio, y al multiplicarse conforme se multiplicaban los individuos y las familias, se tuvo especial cuidado en conservarlos por medio de un procedimiento muy sencillo, que consistía en incluir la raíz del apellido primitivo en la composición de los que obligaba á adoptar el cambio de solar. Por ejemplo, un individuo poblaba en un *monte frío*, y para espresar esta circunstancia se apellidaba *Mendotza* ó *Mendoza*, de las palabras *mendi* (monte) y *otza* (frío.) Otro individuo salía del solar de Mendoza y poblaba cerca ó en el solar de una *ferrería*, y para conservar en su apellido la memoria del solar originario y espresar la circunstancia mas característica del nuevo solar, adoptaba el apellido *Mendi olea* ó *Olamendi*, compuesto de las palabras *mendi* (monte) y *olea* (ferrería.) Así en la composición de muchos apellidos vascongados, y singularmente los que por largos son objeto de burla para los estraños, entra la radical de los apellidos primitivos, tales como *echea* (la casa), *mendia* (el monte), *iturria* (la fuente), *ibaya* y *erreca* (el río), *er-rot* (el molino), *larra* (el pasturage), *acha* (la peña), *ar-ria* (la piedra), *egui* (la cúspide del monte y también la verdad), *zulua* (el hoyo), *solva* (la heredad), y otros cuya enumeración sería enojosa.

Era muy comun en la edad media, y aun posteriormente, usar el apellido patronímico, y aun el solariego ó personal, como por ejemplo, Gonzalo Gonzalez de Butron, ó Juan Fernandez Izquierdo. Esta costumbre era comunísima en Vizcaya, donde rarísimo era el individuo que al apellido solariego ó personal no antepusiera el patronímico. Sirvan de ejemplo los caballeros que en 1526 ordenaron y reformaron nuestro fuero vigente en casa de Martin Saez de la Naja, extramuros de Bilbao. Los ordenadores fueron: Juan Saez de Ugarte, Martin Perez de Bengoa, Fortun Saez de Cirarrista, Lope Ibañez de Ugarte, Rodrigo Martinez de Veléndiz, Ochoa Urtiz de Guécho, Ochoa de Veléndiz, Iñigo Urtiz de Ibargüen, Martin Urtiz de Zárraga, Martin Saez de Oynquina, Ochoa Urtiz de Guerra y Pedro Martinez de Lúno. Vemos, pues, que entre estos doce sugetos solo hay uno que no usase el apellido patronímico.

Últimamente se ha omitido este apellido sin duda para abreviar. En estas provincias se ha tenido el buen sentido de conservar el solariego, que es el verdaderamente importante; pero no ha sucedido así en otras partes, donde solo se ha conservado el patronímico, que carece de la significación de aquel, puesto que solo indica el nombre del primer progenitor. Yo conozco una familia que se apellidaba Lopez de Miranda, y hoy solo se apellida Lo-

pez por haber omitido hace dos generaciones el apellido solariego, lo cual no deja de ser una tontería, pues el saber que uno de los individuos de aquella familia se llamó Lope, carece de importancia, y la tiene grande el saber de dónde es originaria, y ademas los patronímicos, por multiplicados y comunes, ni aun llenan el principal objeto de los apellidos, que es determinar las familias. Decir soy del linaje de Lopez es poco menos que no decir nada, y decir soy del linaje de Miranda, es decir mucho.

(Se concluirá.)

ANTONIO DE TRUEBA.

## EL RUBOR.

### ELLA ES ASÍ.

—¿Por qué cuando te miro, sin enojos

Y me voy hacia ti,

Bajas al suelo tus tranquilos ojos?

—Porque yo soy así.

—¿Por qué cuando desplegas entre agravios

Tus labios de rubí,

Cárdenos tiemblan tus amantes labios?

—Porque yo soy así.

—¿Por qué tus ojos, con ardiente anhelo

Los apartas de mí,

Y reclinan la frente en tu pañuelo?...

—Porque yo soy así?

—¿Y por qué no me miras cual te miro

Cuando me miro en tí?

¿Y por qué no suspiras cual suspiro?

¿Y por qué eres así?...

—Porque en el alma mis amores llevo,

Porque los guardo aquí;

Porque quiero mirarte y no me atrevo,

Porque yo soy así.

Mi corazón con éxtasis la adora

Y ella me adora á mí;

Yo soy el trovador que la enamora

Y la niña es así.

Sus megillas rosadas y serenas

Se tiñen de carmin;

Porque en las niñas candidas y buenas

El rubor es así.

También hay una flor que se intimida

Ante el aura sutil;

También entre las yerbas escondida

La violeta es así.

Por eso la que guarda mis amores

Tiembla muda ante mí;

Porque así son las niñas y las flores,

Y mi niña es así!...

A. F. GRILO.

(1) En vascuence se pospone el artículo, que nunca se separa del nombre cuando este se pronuncia ó escribe aislado: el artículo singular es *a* y el plural *ac*.



## LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

## IV.

El profundo y amargo dolor en que se hallaba sumida la pobre huérfana, encrudeciéndose con la obligación de atender á las tristes formalidades que se requerían para dar á su padre una honrosa sepultura en tierra extraña. Pero estos mismos cuidados, cuya mayor parte había reclamado para sí el bueno del doctor, distrajerónla forzosamente de un pensamiento fijo: la necesidad de instruir á sus nuevos amigos acerca del estado de sus negocios, la obligó á sacar fuerzas de flaqueza, y mostrar cierta presencia de ánimo.

Leyéronse las cartas que Bloun había interceptado, y en todas ellas veíase que los corresponsales de Waldbourg le avisaban el peligro; los negocios de Bloun estaban cada día mas embrollados, y lejos de suponer á su hermano político enterado de tales trapisondas, apresurábanse á noticiárselas para que tomase las precauciones posibles, á fin de no ser, como fué, la primera de sus víctimas.

El ver que la honra de su padre había quedado limpia, fué un consuelo para la huérfana, que inmediatamente se ocupó de informar á su familia y amigos del triste accidente sobrevenido á su padre: aquellas cartas en tan críticos momentos iban empapadas en llanto, y éste mas de una vez cambió las letras en borrones. La pupila de Montreal lloraba con ella, y mostrábala un afecto que sorprendió agradablemente á sus tutores.

Hasta entonces Matilde habíase mostrado esquiva y envidiosa con las mujeres dotadas de algunos atractivos personales; los de la señorita de Waldbourg no despertaron en ella el bajo sentimiento de la envidia: el horroroso infortunio que tan rápidamente la había hecho bajar desde la cima de la prosperidad hasta el abismo de la desgracia, pareció haber cambiado en un momento el carácter de Matilde. A las pasiones vergonzosas que corroían su alma había sucedido una compasión noble, una generosidad, un olvido de sí misma, que la trasformó en otra.

—Mamá, dijo á su tutora, persuadid á Enriqueta de que no debe ya separarse de nosotros. ¿A qué quiere ir á su país? no la quedan ya sino parientes lejanos. Yo adivino lo que responderán á sus cartas, es decir, los que se dignen contestarlas la ofrecerán alguna plaza de aya ó señorita de compañía, y creerán hacerla un gran servicio. Yo quiero y puedo hacer mucho mas en favor suyo.

—Esplicat Matilde. ¿Qué es lo que quieres hacer?

—Mira, mamá, Enriqueta se halla en el caso de contraer obligaciones, ya sea con los parientes ya con los extraños, yo deseo vivamente que otorgue la preferencia á estos últimos.

—¿Y por qué razón, hija mía?

—Por la razón de que los extraños se lo han de agradecer, al paso que los parientes la exigirán que se lo agradezca, y acaso, acaso, la humillarán sobremedera.

—Pero niña, ¿por qué te figuras eso? exclamó Madama Montreal en tono de reprensión.

—Me lo figuro, replicó Matilde, cuyo semblante desfigurado por los viruelas expresaba una tristeza muy amarga, por lo que yo misma he probado; ni mi tutor ni vos sois parientes míos, y me amais; nunca, nunca, me habeis zaherido y humillado como la hermana de mi padre... Si, dijo poniéndose roja de indignación, vale mas pedir una limosna, yo por mi parte mejor quiero eso, que aceptar nada de mi tía.

—Válgame Dios, hija, exclamó la buena señora con disgusto. ¿Es posible que alimentos aun ese rencor detestable, que hace tu desgracia y la nuestra?

Matilde no respondió, pero sus ojos respondieron á la pregunta, de modo que la buena señora elevó al cielo sus miradas, y exhaló un profundo suspiro. Despues añadió: deseo como tú la permanencia de esa señorita en nuestra casa. Mi marido y yo la queremos ya como á una hija, ella no parece muy ambiciosa, y aunque nuestra fortuna es reducida, no la faltará lo necesario.

—Ni lo supérfluo, exclamó Matilde con resolución; la mitad de mis bienes serán suyos, quiero cedérselos...

—No puedes, hija, eres menor, y además se ignora si tu padre vive ó si ha muerto.

—Pues bien, hasta que pueda cumplir mi deseo nadie me impedirá que la dé la mitad de la suma que recibo mensualmente para mis gastos y caprichos: ya la tengo separada, y se la daré apenas se halle un poco mas tranquila.

—¿Es posible?... dijo Madm. Montreal abrazando á su pupila con entusiasmo, acción que al parecer ofendió algun tanto la susceptibilidad de la jóven, que huyó esquivando las caricias de su madre adoptiva.

—Yo no comprendo á Matilde, decía Madm. Montreal á su marido. Aun no tiene catorce años y ya es un conjunto de cualidades y defectos que se hallan en contradicción; es amante y rencorosa, compasiva y cruel, generosa y avara, capaz de abnegación y de mezquina envidia; el carácter de esa criatura me admira y me confunde, tan pronto me parece discola, caprichosa, intratable, incapaz de atender á razones, como me parece sensata, y admiro en ella un juicio, una rectitud y una firmeza de carácter que me pasma en sus pocos años.

—Presumo, querida esposa, que la hemos juzgado mal, ó acaso las circunstancias terribles que han conducido á Enriqueta junto á nosotros han influido en ella de un modo sorprendente: tú y yo temíamos que la belleza, la distinción y el talento de la señorita de Waldbourg despertarian los celos injustos de Matilde, que al saber que nada poseía en el mundo se resfriaria la impresión de benevolencia que á primera vista sintió, y lejos de ser así, ya ves cómo persiste en el primer movimiento generoso que la hizo decir: Serémos hermanas. Confiemos en el porvenir de Matilde, acaso no la conocemos aun al cabo de tres años de vivir con ella. ¡Ojalá que sea un error de mi entendimiento el que me ha hecho repetir tantas veces: «Esta niña es incorregible!»

Ahora, casi, casi me hallo persuadido de que con el ejemplo, la instrucción y el cariño, alcanzaremos á cicatrizar las heridas de un corazón lastimado, sí, pero no perdido para el bien.



## V.

Desde los postreros días del Otoño la casa de baños parecía un claustro desierto; los bañistas se asemejan á esas aves de paso que aparecen al asomar la Primavera y huyen al sentir los primeros frios. Mont-Dor había perdido sus fiestas y animacion. En cuanto á la casa de Montreal no tenía bullicio que perder, allí todo era silencio y monotonía. Enriqueta no lloraba por no contristar á sus bienhechores; con razon creía un deber de gratitud el mostrarse resignada, pero sentía un vivísimo deseo de recibir noticias de sus parientes y amigos residentes en Riga y Sajonia.

Llegaron en fin las deseadas respuestas, que á un tiempo consolaron y aflijeron á la huérfana de Waldbourg; nadie había puesto en duda la honradez y estremada delicadeza de su padre. Salvo este consuelo ningún otro la ofrecían; sus protestas de amistad y cariño revelaban un no sé qué de vago y de frio, que parecía decir, esto es puro cumplimiento, no esperes otra cosa.

El sentimiento de su abandono abatió á la pobre huérfana; las personas de quien tenía derecho á esperar cariño y protección, no la rechazaban, pero tampoco la tendían calorosamente una mano bienhechora. El día que recibió las cartas fué á visitar el cementerio, y estuvo largo tiempo arrodillada sobre la tumba de su padre.

Poco á poco recobró la serenidad, y la calma sucedió á la exaltación que la produjo el desengaño; comprendió que no debía contar mas que consigo misma, y sus ideas se fijaron en los recursos inestimables que su padre le había dejado al cultivar su espíritu, dotándole de conocimientos que podría utilizar para no ser á nadie gravosa; esto la hizo volver á casa de sus bienhechores resuelta á continuar unos estudios largos meses descuidados, que no solo para distraerse quería repasar; su objeto era proporcionarse los medios de ganar su pan honradamente. En aquel mismo día comenzó á desempaquetar sus libros, sus dibujos, sus labores y papeles de música. Este arte delicioso había sido el favorito de su padre y maestro; á vista del laúd se la oprimió el corazón, y en vez de pulsar las cuerdas, humedecíolas con su llanto: aun no se habían secado sus lágrimas, cuando sonó á la puerta un golpecito, y á poco abrióse para dar paso al dueño de la casa. Éste, sorprendido agradablemente á vista de los papeles y el instrumento de música, exclamó: ¿Es posible que por modestia nos hayais ocultado que sois música? Quizá el temor de humillar á nuestra pobre Matilde, cuya ignorancia es lastimosa....

—¡Oh! no señor, me honrais mas de lo que merezco, mis motivos no han sido tan laudables como suponeis, la causa de mi discrecion ha sido la tristeza, el deseo de abstenerme por algun tiempo de mis ocupaciones mas agradables, del uso de un talento que debo á la bondad de mi querido padre.

Ya no puede oirme, decia entre mí; pero esta mañana sobre su tumba he reflexionado mucho, he pensado en la paciencia con que vuestra esposa y mi segunda madre ha soportado mi mal humor, mi abatimiento, y me he dicho á mí misma, de hoy mas es preciso que te muestres reconocida y obres de otra manera; he creído, en fin, que de-

bía cultivar los medios de no ser un gravámen para los demás; el descuidarlos sería mostrarse ingrata con mi maestro y con mis padres adoptivos.

—Sois una excelente muchacha, exclamó el doctor sentándose junto á ella, y me alegro mucho de hallaros con tan buena disposicion, porque justamente venia resuelto á pedirlos un favor.

Se trata de Matilde; habreis notado de sobra que no es lo que á su edad debía de ser; su tristeza, su ensimismamiento, su aversion al trato y á los placeres propios de su edad, emponzoñan su vida y la nuestra; por su causa vivimos como en reclusion: vos habeis sido la única persona que no ha rechazado, la única por quien ha manifestado un afecto sincero, pero que me temo sea poco durable, si vos misma no le cimentais con vuestro cariñoso esmero en irle poco á poco familiarizando con vuestra superioridad, á fin de que os ame por inclinacion y gratitud.... Porque me pesa decirlo.... querida Enriqueta... pero Matilde tiene la desgracia de ser envidiosa y avara, y esto, no obstante, la creo capaz de nobles sentimientos; lo que impide su desarrollo es una pasion desordenada y funesta, que la domina y ciega lo bastante para no ver la luz de la razon.

Enriqueta escuchaba con grande atencion las palabras de Montreal; había notado las escenticidades de Matilde, y atribuídolas á un exceso de tolerancia, á un mimo exajerado, y así se lo dijo al doctor sin andarse con rodeos.

—Sí, es verdad que la toleramos sus defectos y que llevamos la condescendencia un poco mas allá de lo justo, dijo Montreal sin darse por ofendido; esto, acaso parecerá reprehensible al que ignore lo digna de compasion que es esa pobre criatura, devorada en tan tiernos años por una pasion tan difícil de curar como es el odio.

—¿El odio?

—Sí, esa pasion es el origen de todos los defectos de Matilde, repuso el doctor. Dotada de una imaginacion ardiente, de un carácter firme, hace tres años que se abandona, estoy por decir que, con una especie de voluptuosidad á ese horrible sentimiento; no hay razones, ni caricias, ni súplicas, ni correccion bastante á persuadirla de que debe apartar de sí esa funesta pasion. Todos los medios han sido ineficaces; rechaza los consuelos de la amistad, las distracciones del mundo, se goza en alimentar en el retiro y el silencio la sierpe que desgarrá su corazón, y á nadie fia los secretos de su alma lacerada; huye de las gentes, como huiría de nosotros, á no ser porque necesita de nuestro apoyo. ¿Os lo diré todo, mi buena Enriqueta? Hubiera vacilado en traerlos á mi casa si las circunstancias en que nos conocimos hubieran dado lugar á las vacilaciones. Mi mujer y yo temimos que Matilde os aborrecería. Vuestas lágrimas produjeron en ella un efecto maravilloso. Enriqueta, ese corazón profundamente lastimado puede recobrar sus instintos de bondad, y de justicia sobre todo, si nos ayudais á esa buena obra; modesta y amable, sabreis hacer uso de vuestra superioridad, no para humillar á Matilde, sino al contrario, para atraerla y excitar su sensibilidad.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.



## LABORES.

Siempre fué la lencería objeto de particular atención para la mujer de buen gusto. Bastaría registrar en los armarios la ropa blanca de cada una de las señoras que respectivamente tratamos, para calificar sus gustos, sus inclinaciones, y hasta su carácter. Un vestido rico, un vestido bonito, apenas hay señora que en esta época de lujo y gusto generales no le posea: chambras bordadas, peinadores bullonados, enaguas ó camisas con aplicaciones de crochet, esto ya no todas lo disfrutaban, y si al mostrárnoslo nos dijese la que lo use que su confección es obra suya, podríamos desde luego asegurar que aquella mujer tiene instintos delicados, gusto exquisito y laboriosidad, cimiento de otras muchas virtudes domésticas.

Una prenda de lencería ofrece nuestro grabado de hoy, objeto que de seguro estimarán la mayor parte de nuestras lectoras: consiste en una *enagua* rica, que mas bien podría servir de falda interior para con trajes abiertos ú otros de verano ligeros, y acaso recogidos uno de los lados. Deberá hacerse en muselina, nesgando la falda y poniéndole al canto un volante de la misma muselina, de doce centímetros de ancho, dispuesto á tablas y con puntilla estrecha al borde inferior. A la cabeza del volante lleva una cinta de color, sujeta de trecho en trecho por un medallón de crochet que ofrece aparte nuestro grabado, y cuya explicación es la siguiente.

Se principia por hacer 8 ps. s. de cadeneta, reuniendo el primero al último para seguir en círculo.

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—3 ps. s., que figuran la primera barra, \* 9 ps. s., y sobre estos mismos se vuelve, haciéndolo en el tercero 1 p. d., en el cuarto idem, en el quinto 1 bar., en el sexto idem, y el sétimo 1 bar. d.; haciendo ahora 1 bar. en el punto siguiente del círculo, \* con lo cual quedará un rayo de la estrella concluido: se repite de señal á señal siete veces, teniendo cuidado de hacer dos rayos, uno frente á otro, dos puntos mas largos, con lo que resulta ovalado el círculo. Al fin de esta vuelta se fijará el último punto del rayo, en el quinto del primero que se hizo, haciendo puntos sencillos sobre él hasta llegar á la punta donde se principia la vuelta.

2.<sup>a</sup>—1 p. en cada pico de la estrella, 8 ps. s. entre ellos, y 10 en los espacios laterales al pico mas largo.

3.<sup>a</sup>—1 bar. en el círculo, 1 p. s., 1 bar. en el siguiente del círculo, y así toda la vuelta.

4.<sup>a</sup>—1 bar., 5 ps. s., 1 bar., dejando dos barras por medio de la vuelta anterior.

5.<sup>a</sup>—3 bar. en el primer calado, \* 3 ps., 3 bar. en el mismo, 3 bar. en el calado siguiente, \* y se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta, con la cual termina la estrella.

Esta puede hacerse con algodón, seda negra ó lana negra fina: para nuestra labor convendría de seda negra, y si en lugar de hacer una enagua tan fina se hiciese en percal, podría ejecutarse con lana la estrella, reemplazando la cinta de color por un entredós bordado en blanco ó negro en

los intervalos que descubre la estrella, poniendo en este caso en lugar de volante un jareton.

La estrella por sí sola puede servir para distintos usos, como para faldas de lana gris colocadas sobre tira de color, ó sencillamente sobre la falda, y ejecutadas con algodón fino para colocar aplicaciones en cuellos, puños, pañuelos, etc.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Explicación del Figurin, núm. 816.

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE CAMPO.—*Vestido* de alpaca blanca, adornado de bieses de grana y botones de marfil.

Falda nesgada, adornada por dos bieses estrechos de seda, que bajan dobles desde el talle por delante y se continúan alrededor, figurando una pata en cada paño, sujeta con un boton.

*Paletot* corto, de forma recta, orillado de un ruche de seda al canto, y de bieses iguales á la falda, que bajan rectos por delante, continuando en patas figuradas alrededor: cuello alto orillado del mismo ruche, y manga adornada en el hombro y bajo por bieses y botones de marfil, como los que cierran por delante el paletot y adornan los bolsillos.

*Sombrero-casco*, de paja, de copa redonda y ala vuelta, forrada de terciopelo grana, y con hendidura á los dos lados, que va ocupada por un camafeo: cadena Benoiton, de azabache, que baja por detrás y cruza por delante, y alfileres de gran bola dorada en el cabello.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de forma imperio, de seda verde agua, adornado de guipures y botones blancos.

Falda nesgada, sin ningún pliegue por delante y los costados, con tres órdenes de guipure en el bajo, un bullonado de seda verde entre los dos inferiores, y cerrada desde el último hasta el talle con botones de nacar.

Cuerpo alto, de talle redondo y sin cerrar de arriba, bajando recto desde el hombro: un guipure va colocado al borde derecho, continuando estrecho hasta el talle, ceñido éste con cinturón verde y broches de plata: dos carreras de botones adornan el cuerpo á cada lado.

Manga recta, adornada por cartería de guipure y botones, y hombrera de picos guarnecidos de guipure también.

*Sombrero* de paja de arroz y forma Médicis: así el ala como las bridas van orilladas de un ruche verde, adornando únicamente el sombrero un lazo en la parte superior, que sostiene una rama de miosotis, que descende por detrás.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.  
IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.